

ANALES DEL MUSEO NACIONAL DE ANTROPOLOGÍA

XVII/2015



Separata

Antropología y
migración en México.
Una síntesis panorámica

Guillermo Alonso Meneses

Catálogo de publicaciones del Ministerio: www.mecd.gob.es
Catálogo general de publicaciones oficiales: publicacionesoficiales.boe.es

Edición 2015

Consejo de Redacción:
M.ª Dolores Adellac Moreno
Patricia Alonso Pajuelo
Julio González Alcalde
José Luis Mingote Calderón
Inmaculada Ruiz Jiménez
Fernando Sáez Lara
Belén Soguero Mambrilla

Coordinación:
Patricia Alonso Pajuelo
José Luis Mingote Calderón



MINISTERIO DE EDUCACIÓN, CULTURA
Y DEPORTE

Edita:
© SECRETARÍA GENERAL TÉCNICA
Subdirección General
de Documentación y Publicaciones

© De los textos y las fotografías: sus autores

NIPO (electrónico): 030-15-287-4
ISSN: 2340-3519

NIPO (Impresión bajo demanda): 030-15-021-0
ISBN: 978-84-8181-634-1

Antropología y migración en México. Una síntesis panorámica

Guillermo Alonso Meneses

El Colegio de la Frontera Norte/El COLEF
gui@colef.mx

Resumen: La migración de mexicanos a los vecinos Estados Unidos de América es un fenómeno complejo tanto desde una perspectiva histórica como cultural. Desde un primer momento, la antropología mexicana jugó un rol importante en su estudio y hoy en día aporta trabajos cada año. Sin embargo, esta disciplina tiene varios retos que enfrentar, porque las personas que están detrás del fenómeno que llamamos migración afrontan retos y peligros que también afectan a la práctica de la antropología. Además, está el reto de adecuar la antropología a nuevas realidades humanas, científicas, socioculturales y político-administrativas.

Palabras clave: Antropología, Migración, México, Estados Unidos, Cultura.

Abstract: Mexican migration to the United States of America is a complex phenomenon both from a historical and cultural perspective. Since its inception, Mexican anthropology played a major role in the migration studies and currently provides papers and works year after year. However, this discipline has many challenges to face, because people who are behind the phenomenon we call migration face risks and dangers; and this risks and dangers also affect the practice of anthropology. Also, the anthropology must adapt to new realities; new human, scientific, socio-cultural, political and administrative challenges.

Keywords: Anthropology, Migration, Mexico, United States, Culture.

Si bien México es un país sumamente complejo, imposible de ser reducido a una fórmula o esquema que dé cuenta de su totalidad, no es menos cierto que entre sus “instituciones” distintivas, entre las “cosas fundadas” de esta República geográficamente encabalgada entre el centro y el norte de América, encontramos, por un lado, la experiencia migratoria interna e internacional que ha marcado y sigue marcando a buena parte de su población y por ende al entramado heteroestructural (material y simbólico, histórico y estructural) de las diferentes culturas, formas sociales e instituciones estatales, y, por otro, la experiencia académica y científica de la antropología, entre otros rasgos emblemáticos de esta nación multiétnica y multicultural. Ambas aunadas tempranamente en la investigación por el padre de la antropología moderna mexicana, Manuel Gamio.

En ese sentido, sabido es que los distintos pueblos y poblaciones de México no han dejado de crecer o transformarse como resultado de la doble experiencia emigratoria/inmigratoria (incluidas las idas y venidas, y los retornos o ausencias definitivos), que unas veces se traduce en pérdida de etno-diversidad y otras en que los descendientes de mexicanos y sus progenitores conformen una multimillonaria comunidad conspicua en los Estados Unidos: los hispanoparlantes y descendientes conforman la primera minoría tras desplazar a los afrodescendientes, y

hacen que los Estados Unidos sean el cuarto país con mayor número de hablantes de español; que las remesas o envío de dólares de los inmigrantes sean desde hace una década la segunda fuente de divisas tras el petróleo, o que la lengua nativoamericana más hablada en el estado de California sea el mixteco del sur de México.

De igual forma, el complejo mosaico cultural mexicano de los últimos 75 años, donde destacan los 62 grupos étnicos de poblaciones nativoamericanas, no se entendería cabalmente sin la huella –no siempre exenta de polémica– dejada por la antropología, primeramente desde el INI (Instituto Nacional Indigenista, ya desaparecido, 1948-2003) a la actual CDI (Comisión Nacional para el Desarrollo de los Pueblos Indígenas, desde el 2003), desde la ENAH y el INAH (respectivamente, Escuela e Instituto Nacional de Antropología e Historia), o desde el monumental Museo Nacional de Antropología, y posteriormente en una red de centros de enseñanza superior que imparten esta formación disciplinar que van desde la UNAM (Universidad Nacional Autónoma de México) o la UAM (Universidad Autónoma Metropolitana) hasta el CIESAS (Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social), por solo citar tres.

Por otro lado, a día de hoy contamos con millares de páginas impresas con investigaciones, estudios, artículos académicos, libros o artículos en diarios y semanarios (sin contar las horas de radio y televisión) dedicadas al fenómeno/tema migratorio. Ejemplo reciente de ello puede ser el dossier coordinado por Fortuny e Hirai (2014). Y una vez más se pone de manifiesto el aserto que establece que el gran problema de las humanidades y las ciencias sociales actuales es: qué hacer con tanta información, cómo se organiza y modela, porque los datos solo cobran sentido al interior de una matriz teórica.

El presente artículo, por tanto, pretende sintetizar y recordar algunas aportaciones realizadas desde la antropología mexicana –imposible ser exhaustivo, será inevitable no ser injusto– en su estudio de la migración México-Estados Unidos, entre el aporte seminal del estudio pionero de Gamio y las actuales circunstancias que fueron definidas desde la demografía como de migración-cero (un equilibrio técnico entre las salidas y regresos de migrantes en México), que casi han paralizado una dinámica social y un poderoso rasgo cultural que había sido mantenido por distintas generaciones desde hace más de 100 años.

1. Bosquejo histórico de la migración México-Estados Unidos

Desde la implantación de la frontera internacional, tras una guerra de conquista y la firma del Tratado de Guadalupe Hidalgo en 1848, se mantuvo estable la afluencia de mexicanos al suroeste de los Estados Unidos. Así, unas veces los encontrábamos en las montañas californianas durante la fiebre del oro y otras veces en el semidesierto texano en los ranchos ganaderos, desempeñando un papel laboral de auténticos expertos, como vaqueros o *cowboys*, aunque mal pagados y mal tratados por prejuicios racistas. Pero fue en el siglo XX, a partir de la Revolución mexicana en 1910 y especialmente tras el estallido de la Primera Guerra Mundial (1914-1918), que primero se acogió a un flujo migratorio de exiliados políticos y, posteriormente, para mantener el ritmo de la economía de guerra, se contrató a migrantes mexicanos para que fueran a trabajar a los ferrocarriles, minas y tierras agrícolas.

Fue así como las continuas oleadas anuales de inmigrantes comenzaron a crecer bajo el impulso de aquella propicia coyuntura político-económica. Pero seguidamente se produjeron distintas crisis económicas que desembocaron en el episodio central del “crac de 1929”, que estuvo acompañado de expulsiones de inmigrantes irregulares (los *illegal aliens* de la literatura estadounidense) e incluso de ciudadanos estadounidenses de origen mexicano.

Sin negar la existencia de fases migratorias previas, un antropólogo como Jorge Durand (un tramo de su formación se produjo en la Universidad Iberoamericana de México D.F., donde el programa de antropología tanto le debió al transterrado Ángel Palerm) ha propuesto una periodización articulada sobre varios periodos de 20 años –inspirado en un paradigma teórico de Saskia Sassen– para un mejor manejo analítico del fenómeno a lo largo de la historia y precisamente uno de los periodos es el de las “grandes deportaciones” 1921-1941 (Durand, 1994). El cual, a su vez, desde el punto de vista de la investigación, coincide con los primeros trabajos importantes sobre la vida de inmigrantes mexicanos: Gamio y Taylor (desde la economía).

Manuel Gamio había conocido a Franz Boas en México y gracias a este pudo cursar estudios en los Estados Unidos, familiarizarse con los debates intelectuales del momento (eugenesia, racismo, cultura) y seguidamente obtener un fondo de investigación, algunos de cuyos resultados están publicados en la obra de 1930 *Mexican immigration to the United States, a study of human migration and adjustment* (Gamio, 1969, 1971, 2002; Durand, 1991; Weber, 2002). Una obra en inglés en la que intervino Robert Redfield tomando decisiones editoriales (Weber, 2002), entre otras cosas por su amistad con Gamio y porque tenía experiencia en el estudio de los migrantes mexicanos en la década de 1920 (Arias y Durand, 2008).

Aquella publicación de Gamio, que forma parte de las obras pioneras en el estudio del fenómeno o experiencia migratoria mexicana en los años veinte del siglo xx (Durand, 1991), coincidió con un periodo de turbulencias económicas y con una política de deportaciones indiscriminadas por parte del gobierno de los Estados Unidos, que no solo expulsó a menores de edad sino que un buen número de ellos eran ciudadanos (*US citizens*) por nacimiento. La ideología y prácticas racistas normalizaban socialmente semejantes crímenes de Estado; recordemos al respecto que, aunque en menor medida, los mexicanos también eran linchados en aquellos años como los afrodescendientes estadounidenses.

Pero si hasta 1939 todavía se producían deportaciones significativas en número desde los campos y ciudades del interior, desde California y Texas a Chicago, San Antonio de Texas y Los Ángeles, el ataque japonés a Pearl Harbor en diciembre de 1941 y la entrada directa y activa en la Segunda Guerra Mundial, cambiaron el panorama radicalmente: ahora se necesitaba mano de obra urgente para librar la batalla estratégica que se llevaba a cabo en los surcos y campos de la retaguardia levantando las cosechas, o en menor medida trabajando en ferrocarriles, minas e industrias. Es decir, una política de deportación indiscriminada de inmigrantes o sus descendientes se cambió, de un año para otro, por una política de fomento e “importación” urgente de trabajadores-extranjeros (inmigrantes) de origen mexicano.

La solución ante la nueva necesidad fue la firma del primer Programa Bracero en 1942, que bajo distintas modalidades y periodos se continuó hasta 1964. Un periodo de 22 años en el que coexistieron dos poderosos flujos migratorios: uno documentado de “braceros” y otro indocumentado de “espaldas mojadas”. El fenómeno tal como se producía en aquellos años se configuró como un proceso social, algunas de cuyas principales características ya han sido señaladas por distintos autores (Massey, Alarcón, Durand y González, 1991). Una característica fue que el grueso de los migrantes iban y venían anualmente en un patrón de movilidad circular o de vaivén que se mantuvo durante décadas, hasta que los muros y dispositivos de detección electrónicos desviaron los lugares de cruce a los desiertos a finales de la década de 1990.

Y desde el punto de vista de su procedencia, la mayoría de migrantes (porque en cuestión de pocos meses ostentaban la condición de inmigrantes y dejaban de serlo al regresar) procedían de la región tradicional o del centro-occidente de México: de los estados de Jalisco, Guanajuato, Michoacán y Zacatecas principalmente (Massey, Alarcón, Durand y González, 1991). Sin negar que siempre hubo un remanente *in crescendo* de inmigrantes que arraigaban en los

Estados Unidos, y sus hijos allí nacidos nutrían la comunidad de mexicoamericanos: ciudadanos estadounidenses de origen mexicano.

Tal como se apuntó, hay autores que a efectos de teorizar y pautar analíticamente este fenómeno, cuya perspectiva histórica es fundamental para entender las inercias culturales y cosmovisión que lo arquitecta y soporta, han propuesto una secuencia articulada sobre periodos o fases de aproximadamente 20 años (donde así mismo subyacerían ciclos económicos y las consiguientes respuestas reactivas político-ideológicas). Por eso, autores como Durand (1994), Durand y Massey (2003) han hablado de la fase de “Enganche” 1900-1920 donde el trabajador inmigrante carecía de derechos y, por lo general, sus condiciones laborales eran criminales; el periodo 1921-1941 de las grandes deportaciones; a continuación la fase definida por el “Programa Bracero” 1942-1964, cuyo final impactó en las expectativas de trabajo y económicas de aquellas familias mexicanas que se habían habituado al programa.

De hecho, hacia 1968 el acuerdo entre los presidentes de ambos países, Díaz Ordaz y Lyndon B. Johnson, permitió que México exportase manufacturas sin impuestos en el marco del programa “maquiladora” (fábricas de ensamblaje). Fue una medida en parte para paliar la finalización de los programas braceros, pero esta a su vez detonó una corriente migratoria importante de carácter interno hacia las ciudades de la frontera norte de México (Massey, Alarcón, Durand y González, 1991: 121).

La siguiente fase fue definida por un “reflujo y control migratorio”, pues las inercias del programa bracero a uno y otro lado de la frontera fueron imposibles de detener, que denominan “Indocumentada” 1965-1986, y que culmina con una ley de regularización que *de facto* fue una amnistía (palabra tabú en los debates migratorios estadounidenses y “odiada” por los republicanos y sus votantes) y complementada con un programa especial para trabajadores agrícolas (la *Immigration and Regularization Control Act* o IRCA por sus siglas en inglés) que posibilitó la legalización de 2,3 millones de inmigrantes mexicanos irregulares. La fase denominada “Bipolar” 1986-2007 habría culminado cuando se estimó que en los Estados Unidos había 12 millones de inmigrantes nacidos en México de los que 6,5 millones eran indocumentados.

Más recientemente, en un artículo de opinión titulado “Nueva etapa migratoria” (Durand, 2012) –un encomiable ejercicio de síntesis que encapsula prácticamente un siglo de historia migratoria y años de investigación en una columna de opinión– volvía a exponer este esquema, ya bosquejado años atrás (Durand, 1994, 2000, 2007), para intentar una periodización que ofrezca una visión histórica sintética: “Los ritmos de la migración mexicana suelen moverse de manera pendular cada 20 años aproximadamente. La cadencia la marcan las reformas legislativas estadounidenses en las leyes migratorias o las coyunturas económicas, sean estas de auge o de crisis”. Esta síntesis, a grandes rasgos y salvo en lo referido a los últimos 20 años, 1992-2012, parece ampliamente aceptada si lo entendemos como un intento de esquema histórico apuntalado sobre episodios relevantes, sobre los que se pueden articular estudios de caso.

El problema de esta periodización –que podría ser cuestionada/matizada si hubiera más espacio– es que en el interior de cada periodo hay episodios o conjuntos de episodios que por derecho propio podrían articular una dimensión particular importante, como la operación *Wetback* o Espaldamojada en 1954, protagonizada por el ya desaparecido INS (Immigration and Naturalization Service) y “la migra”, o los atentados terroristas de Al-Qaeda en 2001 contra las Torres Gemelas y el Pentágono. De la misma manera que hay un sustrato cultural –de prácticas y significados que conforman un estilo de vida y de valores referenciales– que movió y orientó a los migrantes a lo largo de décadas que fue transformándose, reelaborándose con pérdidas y adquisiciones de rasgos intergeneracionales; lo que Alberto Cardín (1988) denominó cultura

inercial y cultura positiva: una tensión entre rasgos culturales heredados y mantenidos, y aquellos otros adquiridos o innovaciones.

No obstante, el autor es consciente de la existencia de estos problemas y refiriéndose a una de las últimas fases la reconoce con “muchos sucesos relevantes” (Durand, 2012), como:

1. El sub-periodo 1993-1994 de las operaciones Bloqueo y Guardián, “lo que da inicio al proceso de militarización de la frontera y al cambio de las rutas migratorias”.
2. El año 1996 en que se promulga “otra reforma migratoria (IIRAIRA), que quita derechos a migrantes y residentes y otorga facultades a los estados para intervenir y legislar en asuntos migratorios”.
3. El año 2001 de los ataques terroristas que hizo que “el tema migratorio” entrase en la agenda de seguridad nacional y la frontera se erige en escenario clave de la política antiterrorista.
4. El año 2003, con Bush, cuando se comienza a ampliar el muro fronterizo y “al interior se incrementan las redadas en los centros de trabajo”.
5. Finalmente el año 2006, el de la ley Sensenbrenner, claramente anti-migrante, que provocó la salida masiva a las calles de millones de personas en distintas fechas y ciudades para protestar, ejerciendo una presión pública que finalmente “tumba la ley”.

La última fase, que continúa abierta –Durand *dixit*–, se habría iniciado en 2008 y desde entonces, “de manera paralela al primer gobierno de Barack Obama”, y hasta la actualidad en el 2015, el fenómeno entró en un proceso de reversión. “Hasta el punto de que se estima que se ha llegado a un saldo migratorio cero. Es decir, que las entradas subrepticias, que se siguen dando, se compensan con las deportaciones. [...] El detonador para el cambio de fase migratoria lo marca el inicio del declive de la migración mexicana y la crisis económica que se inicia en 2008 en Estados Unidos y luego repercute de manera global, muy especialmente en Europa” (Durand, 2012).

Ahondando en su descripción, además del incremento de las deportaciones, bajo la administración de Obama en el año 2009, “se hace otra reforma legal cuando se promulga la nefasta 287g que procura fondos a los estados y los condados para instalar centros de detención para migrantes y permite realizar convenios entre la *migra* (ICE) y las policías locales para detener a personas que no tienen documentos”. En 2010 se promulgó la Ley Arizona SB1070 que facultaba a policías ajenas al DHS (Department of Homeland Security) a indagar sobre el estatus migratorio o la identidad de las personas, un objetivo republicano replicado en Alabama, Utah, Carolina del Norte y otros estados. Y en 2012, “se logran algunos triunfos parciales: se limitan seriamente las pretensiones de la Ley Arizona y sus réplicas, se da un decreto del Ejecutivo que impide la deportación de jóvenes estudiantes (*Dream Act*) y, a nivel estatal, se dan legislaciones de apoyo a los migrantes, como en Chicago, que se declara como ciudad santuario para los migrantes” (Durand, 2012).

Sea como fuere, este esquema histórico de Jorge Durand nos permite organizar la información fundamental. Pero también familiarizarnos con el *modus operandi* del antropólogo de la migración más importante de México en las últimas décadas que, además, nos ha demostrado la importancia del trabajo de colaboración entre disciplinas y la necesidad de realizar múltiples análisis sobre aspectos del fenómeno, ya sea manejando símbolos y representaciones de difícil interpretación, ya sea manejando cifras y estadísticas de difícil generalización (Durand, 1994; Durand y Massey, 1995; Durand y Arias, 2004; Massey, Pren y Durand, 2009).

2. Otros aportes de la antropología de las migraciones en México

Así las cosas, la migración México-Estados Unidos, hasta hace unos años, parecía un fenómeno formalmente estable que llevaba fluyendo desde hacía más de un siglo. Autores como Durand (1994) y Durand y Massey (2003) lo habían regionalizado, periodizado y sintetizado con unos criterios teóricos razonables, con trabajos multidisciplinares con un fuerte componente antropológico y experiencia de campo. Incorporando la diversificación territorial del mismo, producida desde fines del siglo xx, porque a los estados mexicanos históricamente expulsores de migrantes se unieron básicamente en el periodo 1990-2000 hasta la fecha otros como Veracruz, Hidalgo, Morelos, Guerrero, Chiapas, Oaxaca o Yucatán. Y todo apuntaba a que tras la síntesis resultante solamente hacía falta hacer las historias regionales y las monografías o estudios de caso que completasen, concretando el esquema de conjunto, y explicitasen aspectos concretos de una lógica consabida.

Sin embargo, a partir del año 2007 comenzaron a manifestarse una serie de indicios que afectaban a la emigración de mexicanos a los Estados Unidos, siempre muy sensible a lo que acontece en el mundo de la economía, y en el otoño de 2008 se declaró lo que se ha considerado la mayor crisis de la historia del sistema capitalista. De manera concomitante, los flujos migratorios que habían estado fluyendo y cruzando la frontera México-Estados Unidos en uno y otro sentido, también experimentaron cambios drásticos en su magnitud y patrones observados en prácticamente los últimos 30 años: 1986-2015.

Y es que en las últimas tres décadas los flujos migratorios México-Estados Unidos han estado sometidos a distintos tipos de factores y presiones (ciclos económicos, amenaza terrorista de radicales islámicos y violencia del narcotráfico, entre otros), los mismos que operan a uno y otro lado de la frontera, así como articulándose en función de distintos escenarios locales: aumento de secuestros de migrantes en tránsito en el tramo de la frontera Tamaulipas-Texas.

Este afloramiento de factores de depresión económica o de tipo violento ha desbaratado algunos de los patrones de comportamiento del fenómeno que durante décadas fueron característicos de la migración hacia los Estados Unidos. Así, algunos de los cauces históricos de movimiento y los escenarios de cruce y control fronterizo sufrieron transformaciones radicales –Tijuana o Ciudad Juárez dejaron de ser lugares prominentes de cruce indocumentado–, los patrones temporales de idas y estancias laborales se fueron transformando y con ellos las estrategias familiares; también los protagonistas se diversificaron por su origen regional y por tanto en sus características étnico-culturales y socio-demográficas: “nuevos” actores ganaron peso cualitativo y cuantitativo en la corriente migratoria, como indígenas, mujeres o jóvenes de origen urbano.

Al respecto, las distintas mediciones del fenómeno arrojan magnitudes que registran cambios sensibles de un lustro a otro (y de un año a otro); hasta que la construcción de una infraestructura de muros y obstáculos fronterizos acompañada del crecimiento de la nómina de patrulleros fronterizos, la irrupción del crimen organizado controlando el territorio y el negocio tradicional de *polleros* y *coyotes*, y el repunte de la violencia anti-migrante en los últimos años (desde rancheros xenófobos de Arizona y Texas a los veteranos *Minutemen*), todo ello unido a la crisis económica bautizada como la Gran Recesión, han dislocado radicalmente el fenómeno migratorio.

Obviamente, esto tuvo implicaciones conceptuales, metodológicas y de prácticas científicas en general, las cuales repercutieron en el quehacer de disciplinas como la antropología, la sociología o la demografía, tan dependientes de los fondos gubernamentales para investigar

el fenómeno. Pues a las exigencias político-administrativas de obtener mediciones-resultados a corto plazo –“cortoplacistas” si se quiere–, se unió el continuo desvío de las rutas hacia zonas inhóspitas como los desiertos y las montañas remotas desde hace dos décadas, así como las mencionadas prácticas violentas por parte del crimen organizado, que han sido y son una amenaza para los investigadores.

Esto explicaría en parte, tanto la práctica de la antropología manejando métodos estadísticos e integrados en equipos multidisciplinarios, como la adopción de estrategias metodológicas tales como la etnografía multisituada de cortos periodos o el análisis de discursos-datos gubernamentales y mediáticos para contrastar los hallazgos del trabajo de campo realizado en contextos de frontera y movilidad clandestina; nada que ver con el trabajo en comunidades de origen en México o de destino en los Estados Unidos, que presentan otro tipo de dificultades y retos. De la misma manera, la demografía o la sociología de encuestas han tenido que afrontar cambios de rutas y de magnitud de un año para otro, lo que desborda cualquier previsión sobre la operatividad de encuestadores en campo y el consiguiente impacto en la confiabilidad de los datos estadísticos, ya de por sí de naturaleza inestable e insuficiente socio-culturalmente hablando, aunque los preferidos de políticos y tomadores de decisiones en los diferentes niveles de gobierno.

Es a partir de estas circunstancias que hay que entender la investigación antropológica de la migración mexicana del siglo XXI. Ahora bien, no hay que olvidar que en los últimos 40 años desde la disciplina se ha estado investigando, conceptualizando, describiendo e interpretando el fenómeno migratorio tanto interno –el éxodo campo/ciudad a Ciudad de México o Guadalajara, entre otras– como internacional; en comunidades y localidades de salida como, especialmente en los últimos años, en localidades estadounidenses de llegada, sean estas pequeñas localidades cercanas a los *fields* (campos agrícolas) como en grandes ciudades como Chicago, Nueva York o Los Ángeles.

Tenemos así que ya Lourdes Arizpe (1976) abordó la problemática de la migración indígena mazahua a la Ciudad de México, introduciendo especificidades culturales que la población mestiza ni tenía ni tiene que enfrentar, entendiendo la experiencia como un proceso social –que en su dimensión heurística incorporó aspectos económicos, de estructura de poder, religiosos, de familia y parentesco, o de estratificación social–, demostrando una temprana ambición teórica que raras veces se ve en los estudios migratorios posteriores. A este respecto, más tarde abordó cuestiones teóricas implícitas en la investigación de este fenómeno (Arizpe, 1978). Un ámbito este, el teórico, que –insisto en ello– es un problema falto de investigaciones profundas en todas las disciplinas que han abordado el fenómeno migratorio en México, lo cual añade valor a este conjunto de trabajos que culminan en Arizpe (1979).

Otros trabajos desde la antropología buscaron claves explicativas con estudios de distinta escala en los vínculos existentes entre la agricultura capitalista, los mercados de trabajo y los procesos migratorios –en las décadas 1970-1980 el paradigma marxista en México pesaba y dio trabajos clásicos como Palerm (1976) o Palerm (1998 [1980])– que confluían en la región centro-occidental de México, vinculada a la migración internacional, pero también a la aparición de polos de desarrollo urbanos en la ciudad de Guadalajara (González y Escobar, 1980; Arias y Mummert, 1987). Y en aquellos años (1986) se sitúa la publicación en inglés de *Los Ausentes* (Massey, Alarcón, Durand y González, 1991), un trabajo de investigación sustentado sobre el estudio de cuatro comunidades, rurales y urbanas, donde el trabajo de campo y la encuesta aportan la información y los datos para entender el flujo migratorio internacional en su dimensión económica, estrechamente vinculada a su naturaleza de proceso social.

El estudio de la presencia femenina en un fenómeno que se consideró durante décadas prominentemente masculino se hizo necesario a partir de la década de 1990, cuando en los

censos y encuestas estadounidenses comenzó a aflorar una presencia importante de mujeres. La migración a los Estados Unidos se mostró como un fenómeno que ya no era protagonizado por hombres solos y la perspectiva de género se hizo imprescindible y sumamente útil (González de la Rocha, 1993; Szasz, 1994), no solo para abordar la permanencia de las mujeres e hijos menores en las comunidades de origen, sino también su desplazamiento-movilidad hacia el norte, afrontando riesgos o la misma muerte (Marroni y Alonso, 2006), y su asentamiento al otro lado de la frontera, que culmina con su incorporación activa a los mercados de trabajo (Aquino, 2010).

Si bien vimos que tempranamente se hicieron investigaciones y se publicaron trabajos sobre la migración indígena hacia las ciudades en México desde la década de 1970, no es menos cierto que los estudios sobre la presencia indígena en los flujos migratorios hacia los Estados Unidos fueron aumentando a medida que el factor étnico-indígena afloraba con mayor nitidez y presencia. Por eso los mixtecos son el grupo étnico más numeroso en la región fronteriza México-Estados Unidos –en los estados a ambos lados de la frontera–, y autores como Kearny manejaron conceptos descriptivos como el de “Oaxacalifornia” (Besserer y Kearney, 2006).

Mención aparte merece la obra de Escárcega y Varese (2004) que coordinaron una visión exhaustiva y polifónica del desplazamiento de este pueblo en su camino hacia el norte en “la ruta mixteca”, primero como jornaleros en los campos agrícolas del noroeste mexicano o en la zafra de la caña de azúcar en las plantaciones de Veracruz, o bien a las colonias “conurbadas” como Nezahualcóyotl en Ciudad de México, y después como migrantes internacionales, sobre todo en el sur californiano o en Nueva York.

En ese sentido, los mixtecos en su desplazamiento hacia los mercados de trabajo tienen una presencia importante en estados mexicanos como Baja California, donde los encontramos en la agroindustria en el municipio de Ensenada, en localidades como San Quintín –que recientemente ocupó espacio en la prensa internacional debido a la represión violenta sufrida por los jornaleros agrícolas de origen oaxaqueño en sus reivindicaciones de mejoras laborales y salariales ante las patentes condiciones de explotación y abuso– o en la ciudad/municipio de Tijuana, donde se han asentado desde hace décadas en colonias (barrios) como la Obrera o Valle Verde, y han logrado conquistas como recibir educación escolarizada en su lengua materna (Clark, 2008; Alonso y Ángeles, 2014).

Asimismo Fox y Rivera (2004) coordinaron el primer libro multidisciplinar que intenta dar la visión más amplia de la presencia de migrantes indígenas de origen mexicano en los Estados Unidos. Donde encontramos trabajos –varios de ellos desde la perspectiva antropológica– sobre mixtecos (ñuu savi), zapotecos (diidzaj), triquis (driki), mayas de Yucatán, chiapanecos hablantes de tzotzil (batzil k’op) y tzeltal (k’op), purépechas (pu’répecha) de Michoacán, ñahñúes (hñähñú) u otomíes del valle del Mezquital en Hidalgo, entre otros. Y solamente se echa en falta un capítulo sobre los migrantes nahuas o hablantes de náhuatl, la lengua indígena más hablada de México, cuyos integrantes emigran desde estados como Hidalgo, Veracruz, Morelos o San Luis Potosí, o regiones como la Huasteca o la sierra de Zongolica.

Más recientemente, autoras como Alejandra Aquino (2010, 2015) comienzan a producir una obra tras realizar trabajo de campo en localidades de salida en Oaxaca y de llegada en California, con lo que el estudio de casos y experiencias multilocales comienza a ofrecer una visión compleja y multidimensional, que en parte aporta información y datos coherentes con las aspiraciones del paradigma transnacional aplicado a la migración (Glick-Schiller, Basch y Szanton-Blanc, 1992; Ariza y Portes, 2007). A veces revisitado desde el punto de vista de las prácticas religiosas de los migrantes (Fortuny, 2012).

Otras veces las investigaciones ensayan planteamientos innovadores en el estudio de pueblos y comunidades con tradición migratoria, abordando dimensiones como los sentimientos –la nostalgia– o el paisaje, que nos permiten entender los recursos, clima íntimo y percepciones que se movilizan entre los protagonistas, sin negar la presencia de factores económicos o infraestructurales, pero aportando matices de gran significación para comprender cabalmente –sin perder de vista el ideal holístico– la experiencia emigratoria/inmigratoria, como en Shinji Hirai (2009).

Finalmente, la antropología ha abordado dimensiones, enfoques y realidades que históricamente no se abordaban o se abordaban muy tangencialmente como el riesgo que afrontan los centroamericanos en su viaje de desplazamiento por territorio mexicano (Ruiz, 2001), la violación de los derechos humanos en los Estados Unidos durante el viaje de internamiento (Alonso, 2003) o las detenciones y muertes de migrantes en el escenario de cruce fronterizo entre México y los Estados Unidos (Alonso, 2013). Trabajos que ilustran enfoques antropológicos en el estudio de la migración clandestina.

3. Últimas tendencias y algunas conclusiones

La migración México-Estados Unidos es el fenómeno migratorio internacional más importante de las últimas décadas, a lo que hay que añadir su antigüedad y, por tanto, la profunda huella cultural que ha dejado improntada en diferentes dimensiones de la sociedad mexicana: en el imaginario y en el territorio, en prácticas y significados locales, en la cultura material y en la intangible de diferentes regiones. Haciendo emerger inéditos escenarios de análisis como en las fronteras fragmentadas de Mummert (1999), en la diáspora michoacana de López (2003), en la iconografía de Durand y Arias (2004), en la memoria vulnerable de Olmos y Mondragón (2011), los vínculos entre migrantes y el fútbol de Alonso y Escala (2012), o en las músicas migrantes y la movilidad artística de Olmos (2012).

Otro resultado: más de 12 millones de inmigrantes nacidos en México residiendo en “el norte”, aproximadamente la mitad de manera administrativamente irregular. Esto ha hecho que Los Ángeles, California, sea la segunda zona metropolitana con mayor número de mexicanos, o que la presencia de poblanos en Manhattan remita a hablar de “Pueblayork”.

Pero además de un país de emigrantes, México se ha convertido en un país de inmigrantes, con un millón de extranjeros residiendo según el último censo de 2010, destacando las comunidades de nacidos en los Estados Unidos, casi el 50 %, y otras como la de españoles, colombianos o argentinos. Igualmente, al menos desde la década de 1970, fue un país de tránsito de flujos migratorios, principalmente centroamericanos (guatemaltecos, salvadoreños, hondureños) y en menor medida, aunque cualitativamente significativo, de personas procedentes de Asia, África o América del Sur. Solo que en el siglo XXI, la corriente migratoria centroamericana ha cobrado mayor fuerza en su número y creado circunstancias complejas: violencia, violación de los derechos humanos o graves accidentes y muertes vinculados al tren conocido como “la Bestia”, en su tránsito por Chiapas y Veracruz principalmente; aunque en las localidades de la frontera norte corren el riesgo de ser secuestrados, extorsionados o asesinados.

Asimismo, a perspectivas economicistas o étnico-clasistas (los trabajos sobre chicanos en las décadas 1970-1980) que fueron preponderantes, bien por modas académicas, bien por criterios científico-ideológicos de cada momento histórico, ahora se hacen imprescindibles las perspectivas de género, étnico-indígena o generacional (niñez, adolescentes, jóvenes y adultos mayores). Así como otras ópticas, como la de los derechos humanos o la de la movilidad transnacional, que junto al uso de las nuevas tecnologías de la información y la comunicación en

la construcción cotidiana de la experiencia migratoria, arrojan nuevos estilos de vida y estatus legales que van más allá de la doble nacionalidad, y nos empujan de lleno al problema de las identidades múltiples y nuevas formas de alteridad. A lo cual hay que añadir en las localidades de la frontera norte, en ciudades como Tijuana, Juárez, Nuevo Laredo o Matamoros, la realidad y experiencia transfronteriza: la de aquellos que duermen en México y trabajan o estudian en los Estados Unidos. Un tipo de movilidad transfronteriza internacional con un impacto cultural que no se ha estudiado extensamente.

Por supuesto, los temas estrella para las autoridades gubernamentales son el envío de miles de millones de dólares anuales que hacen los inmigrantes a sus familiares en México, los programas gubernamentales de captación de estas remesas para la co-inversión, el voto desde el extranjero, que de llegarse a “activar” tras la experiencia ideológica de vivir en los Estados Unidos podría tener consecuencias lesivas para los intereses creados (la abstención en México puede alcanzar cotas del 60 o 70 %, lo que beneficia a los grandes partidos), o las deportaciones post-crisis económicas que plantean retos imprevistos, entre otros, la llegada de niños y adolescentes cuya lengua escolar es el inglés, son ciudadanos estadounidenses pero también mexicanos, acompañan a sus padres mexicanos y la escuela mexicana no está preparada para que su inserción sea lo menos traumática posible. Sin quitarle por ello importancia a la experiencia traumática de los deportados adultos.

Esto –qué duda cabe– le añade una complejidad inédita a la antropología de las migraciones en México; pero, además, nos recuerda la ausencia de obras históricas y teóricas de síntesis que se echan en falta para evaluar el impacto de esta especialidad disciplinar. Un vacío libresco susceptible de extenderse también a la producción multidisciplinar de los “migrólogos”, dicho sea a modo de “mal de muchos”. Sea como fuere, la antropología de las migraciones en México solo podrá consolidarse si es capaz de adaptarse a las nuevas necesidades académico-administrativas, a las nuevas realidades humanas y socioculturales y, finalmente, al mercado de encargos institucionales. Donde competir contra investigaciones que ofrecen resultados estadísticos-exprés o la deserción de antropólogos que optan por doctorarse en otras disciplinas con mejores expectativas en el mercado de trabajo, solo resultan ser incómodas perturbaciones.

Bibliografía

- ALONSO, Guillermo (2003): “Human Rights and Undocumented Migration along the Mexican-U.S. Border”. *UCLA Law Review*, vol. 51, n.º 1, octubre. Los Ángeles: UCLA/University of California, pp. 267-281.
- (2013): *El desierto de los sueños rotos. Detenciones y muertes de migrantes en la frontera México-Estados Unidos, 1993-2013*. México: El Colegio de la Frontera Norte/El COLEF.
- ALONSO, Guillermo, y ESCALA, Luis (2012): *Offside/Fuera de lugar. Fútbol y migración en el Mundo contemporáneo*. México: El Colegio de la Frontera Norte/El COLEF y AM Editores.
- ALONSO, Guillermo, y ÁNGELES, Christian (2014): “La juventud mixteca en Tijuana: Educación, desarrollo, discriminación y neo-indianidad”. *Frontera Norte*, vol. 26, n.º 51. Tijuana: EL COLEF, pp. 25-52.
- AQUINO MORESCHI, Alejandra (2010): “Las lógicas del no-reconocimiento y la lucha cotidiana de las migrantes zapotecas en Estados Unidos. Breve etnografía del servicio doméstico”. *Cuicuilco*, vol. 17, n.º 49. México: Escuela Nacional de Antropología e Historia, pp. 221-242.
- (2015): “Cuando todos se van al norte: el “pequeño gobierno” y sus desafíos ante la migración”. *Desacatos*, n.º 47. México: CIESAS.

- ARIAS, Patricia, y DURAND, Jorge (2008): *Mexicanos en Chicago. Diario de campo de Robert Redfield. 1924-1925*. México: CUCSH-Universidad de Guadalajara/Centro Universitario de Los Lagos/El Colegio de San Luis/CIESAS/Miguel Ángel Porrúa.
- ARIAS, Patricia, y MUMMERT, Gail (1987): "Mercados de trabajo y migración en el centro-occidente de México". *Nueva Antropología*, vol. IX, n.º 32. México: UNAM, pp. 105-127.
- ARIZA, Marina, y PORTES, Alejandro (comp.) (2007): *El país transnacional, migración mexicana y cambio social a través de la frontera*. México: UNAM/Instituto de Investigaciones Sociales.
- ARIZPE, Lourdes (1976): "Migración indígena problemas analíticos". *Nueva Antropología*, vol. II, n.º 5. México: UNAM, pp. 63-89.
- (1978): *Migración, etnicismo y cambio económico*. México: El Colegio de México.
- (1979): *Indígenas en la ciudad de México: el caso de las "Marías"*. México: SepSetentas/Diana.
- BESSERER, Federico, y KEARNEY, Michael (ed.) (2006): *San Juan Mixtepec. Una comunidad transnacional ante el poder clasificador y filtrador de las fronteras*. México: Juan Pablos, F. Rockefeller, UAM y UC Riverside.
- CARDÍN, Alberto (1988): *Tientos Etnológicos*. Oviedo: Júcar.
- CLARK, Víctor A. (2008): *Mixtecos en frontera. Pueblos Indígenas del México Contemporáneo*. México: Comisión Nacional para el Desarrollo de los Pueblos Indígenas (CDI).
- DURAND, Jorge (comp.) (1991): *Migración México-Estados Unidos. Años veinte*. México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes (CONACULTA).
- (1994): *Más allá de la Línea*. México: CONACULTA.
- (2000): "Tres premisas para entender y explicar la migración México-Estados Unidos". *Relaciones*, vol. 21, n.º 83, verano. México: El Colegio de Michoacán, pp. 17-35.
- (2007): "Origen y destino de una migración centenaria". En: Marina ARIZA y Alejandro PORTES (comp.): *El País Transnacional: Migración mexicana y cambio social a través de la frontera*. México: UNAM/Instituto de Investigaciones Sociales, pp. 55-82.
- (2012): "Nueva etapa migratoria". *La Jornada*, México: Desarrollo de Medios. <<http://www.jornada.unam.mx/2012/08/12/opinion/022a2pol>>.
- DURAND, Jorge, y MASSEY, Douglas (1995): *Miracles on the Border. Retablos of Mexican Migrants to the United States*. Tucson: University of Arizona Press.
- (2003): *Clandestinos. Migración México-Estados Unidos en los albores del siglo XXI*. México: Porrúa y Universidad de Zacatecas.
- DURAND, Jorge, y ARIAS, Patricia (2004): *La vida en el Norte. Historia e Iconografía de la migración México-Estados Unidos*. México: Universidad de Guadalajara/El Colegio de San Luis.
- ESCARCEGA, Sylvia, y VARESE, Stefano (comp.) (2004): *La Ruta Mixteca*. México: Programa Universitario México Nación Multicultural-UNAM.
- FORTUNY LORET DE MOLA, Patricia (2012): "Migrantes y Peregrinos de la Luz del Mundo: Religión Popular y Comunidad Moral Transnacional". *Nueva Antropología*, vol. XXV, n.º 77. México: UNAM, pp. 197-200.
- FORTUNY, Patricia, y HIRAI, Shinji (2014): "Migración México/Estados Unidos en la década de crisis". *Desacatos*, n.º 46, septiembre/diciembre. México: CIESAS.
- FOX, Jonathan, y RIVERA, Gaspar (eds.) (2004): *Indigenous Mexican Migrants in the United States*. La Jolla: Center for US-Mexican Studies, UCSD/Center for Comparative Immigration Studies, University of California, San Diego.
- GAMIO, Manuel (1969): *El inmigrante mexicano*. México: IIS-UNAM.
- (1971): *Mexican immigration to the United States, a study of human migration and adjustment*. New York: Dover Publications.

- (2002): *El inmigrante mexicano: la historia de su vida. Entrevistas completas, 1926-1927*. México: Secretaría de Gobernación, Instituto Nacional de Migración, UC Mexus, CIESAS, Miguel Ángel Porrúa.
- GLICK-SCHILLER, Nina; BASCH, Linda, y SZANTON-BLANC, Cristina (eds.) (1992): *Towards a Transnational Perspective on Migration: Race, Class, Ethnicity, and Nationalism*. New York: New York Academy of Sciences (Annals of the New York Academy of Sciences, vol. 645).
- GONZÁLEZ DE LA ROCHA, Mercedes, y ESCOBAR, Agustín (1980): “Agricultura capitalista y procesos migratorios: un caso en el sur de Jalisco”. *Relaciones. Estudios de Historia y Sociedad*, vol. I, n.º 2. Zamora: El Colegio de Michoacán.
- GONZÁLEZ DE LA ROCHA, Mercedes (1993): “El poder de la ausencia. Mujeres y migración en una comunidad de los Altos de Jalisco”. En: Jesús TAPIA (comp.): *Las realidades regionales de la crisis*. Zamora: El Colegio de Michoacán.
- HIRAI, Shinji (2009): *Economía política de la nostalgia: Un estudio sobre la transformación del paisaje urbano en la migración transnacional entre México y Estados Unidos*. México: Departamento de Antropología de la UAM-I/Juan Pablos Editor.
- LÓPEZ, Gustavo (coord.) (2003): *Diáspora Michoacana*. México: El Colegio de Michoacán/Gobierno del Estado de Michoacán.
- MARRONI, María da Gloria, y ALONSO, Guillermo (2006): “El fin del sueño americano. Mujeres migrantes muertas en la frontera México-Estados Unidos”. *Migraciones Internacionales*, vol. 3, n.º 3, enero-junio. Tijuana: El Colegio de la Frontera Norte, pp. 5-30.
- MASSEY, Douglas; ALARCÓN, Rafael; DURAND, Jorge, y GONZÁLEZ, Humberto (1991): *Los Ausentes. El proceso social de la migración internacional en el occidente de México*. México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes/Alianza.
- MASSEY, Douglas; PREN, Karen, y DURAND, Jorge (2009): “Nuevos escenarios de la migración México-Estados Unidos. Las consecuencias de la guerra antiinmigrante”. *Papeles de Población*, vol. 15, n.º 61, julio-septiembre. México: Universidad Autónoma del Estado de México, pp. 101-128.
- MUMMERT, Gail (1999): *Fronteras Fragmentadas*. México: El Colegio de Michoacán/CIDEM.
- OLMOS, Miguel, y MONDRAGÓN, Lourdes (coord.) (2011): *Memoria vulnerable. El patrimonio Cultural en contextos de frontera*. México: COLEF/ENAH.
- OLMOS, Miguel (coord.) (2012): *Músicas migrantes. La movilidad artística en la era global*. Tijuana: El COLEF/UAS/UANL/Bonilla Artigas Editores.
- PALERM, Ángel (1976): *Modos de producción*. México: Edicol.
- (1998): *Antropología y marxismo*. México: CIESAS.
- RUIZ, Olivia (2001): “Los riesgos de cruzar. La migración centroamericana en la frontera México-Guatemala”. *Frontera Norte*, vol. 13, n.º 25. Tijuana: El Colegio de la Frontera Norte, pp. 7-41.
- SZASZ, Ivonne (1994): “Migraciones y relaciones sociales de género: aportes de la perspectiva antropológica”. *Estudios Demográficos y Urbanos*, vol. 9, n.º 1. México: El Colegio de México, pp. 129-150.
- WEBER, Devra (2002): “Introducción”. En: Manuel GAMIO: *El inmigrante mexicano: la historia de su vida. Entrevistas completas, 1926-1927*. México: Secretaría de Gobernación, Instituto Nacional de Migración, UC Mexus, CIESAS, Miguel Ángel Porrúa, pp. 21-91.

